

F1226

Z3

v. 15

Es propiedad de los Editores, quienes perseguirán ante la ley al que la reimprima.



FONDO HISTORICO
RICARDO COVARRUBIAS

156075

HISTORIA DE MÉJICO

CAPITULO PRIMERO.

Ataca el general juarista Pueblita la ciudad de Guanajuato.—Algunos excesos cometidos por sus soldados.—Se retira.—Pronunciamiento de la guarnición de Jalapa en favor de Juárez.—Comete varios desórdenes.—Marcha sobre los pronunciados el general Echeagaray.—Este los derrota y manda fusilar á los prisioneros, por ser soldados sublevados contra el gobierno.—El jefe juarista Zuazúa ataca y toma la ciudad de San Luis.—Destierra Zuazúa al obispo y á varios sacerdotes, sin formación de causa.—Derrota el general conservador Miramon á D. Santos Degollado en las barrancas de Atenguique.—Descripción de esta barranca.—Entran los juaristas en Guanajuato.—Derrota el general conservador Casanova á los liberales en Santa María.—Varios encuentros favorables á las armas conservadoras.—El general juarista Vidaurri en San Luis.—Préstamos forzosos que impone.—Sistema que empleaba para cobrarlos.—Hace salir de la ciudad á todos los españoles que estaban vecindados en ella.—Conspiración descubierta en la capital.—Son sentenciados á muerte los conspiradores.—Pide por ellos el arzobispo de Méjico y les salva.—Son ejecutados cinco de los individuos que cometieron los asesinatos en la hacienda de San Vicente.

De Junio á Setiembre inclusive.

1858. Cuando el gobierno de Don Félix Zuloaga
Junio. se veía privado con la muerte de Don Luis Gonzaga Osollo, del mas notable de sus generales, el ge-

neral constitucionalista Pueblita se presentó frente á Guanajuato el 22 de Junio, con cerca de 2,000 hombres, pretendiendo tomar la plaza; pero intimando rendicion antes de atacarla. El gobernador y comandante general D. Ignacio Mora y Villamil que la defendia, desechó la intimacion, y salió á atacar á Pueblita con el batallon de zapadores que ascenderia á cuatrocientos hombres, y logró arrollar á la primera columna. La tropa, al ver á los constitucionalistas volver la espalda, emprendió la persecucion en desórden, no obstante las instrucciones que el general Villamil habia dado á la oficialidad para que avanzasen con precaucion. Los constitucionalistas, al notar el descuido en que marchaban sus perseguidores, hicieron frente, y viéndose superiores en número, se arrojaron sobre los conservadores, lancearon á varios oficiales y á los soldados que mas de cerca les perseguian, lanzaron un grito de guerra, y volvieron á la carga sobre el resto de la tropa, que se vió precisada á retirarse del cerro del Tajado al de San Miguel, despues de haberse incendiado el depósito de municiones por una granada que cayó en él, causando gran número de muertos y de heridos. Envalentonadas con el buen éxito las tropas de Pueblita, penetraron en aquella noche hasta algunas calles de la ciudad, de las cuales quedaron en posesion. Aquel arrojo y desprecio del peligro con que se condujeron, hubiera sido elogiado por sus mismos contrarios, á no haberlo manchado con actos reprobados, cometidos por la soldadesca en habitantes pacíficos. Mi pluma se resiste á describir todo desórden; pero el deber de historiador me obliga á referir los hechos de la ma-

nera que acontecieron, para que, al verlos presentados y aborrecidos, procure todo caudillo, de cualquiera partido que sea, evitar que sus soldados se manchen con acciones indignas, pues la mancha de ellos empañará el lustre de su nombre, porque no tuvo el poder ó la energía para reprimirlos.

La pintura hecha por el periódico oficial del Estado de Guanajuato sobre los excesos cometidos por las tropas de Pueblita en las calles que ocuparon, así como las presentadas por las cartas particulares escritas en la ciudad del mismo nombre donde acontecieron, son verdaderamente horribles, y preciso es confesar que están recargadas del colorido apasionado de partido en que cada bando moja sus pinceles para presentar el retrato de sus contrarios. Si; en todas las relaciones de aquellos hechos, se ven en juego las pasiones, empeñadas siempre en presentar los objetos con proporciones gigantescas. Sin embargo, por mucho que sea preciso

1858. reducir los contornos al cuadro colosal dibujado por la prensa conservadora respecto de la conducta observada en Guanajuato por los soldados de Pueblita, siempre presentará rasgos oscuros y sensibles. Las tropas de Pueblita, despues de haberse batido con denuedo, obligando á las conservadoras á reconcentrarse en la ciudad, quedaron en posesion de la mitad de esta, desde la entrada de Marfil, hasta las calles contiguas á la plaza. El deseo de botin se apoderó bien pronto de ellas; y á las doce de la noche del 22, en medio del ruido incesante del fuego de fusilería, se entregaron al saqueo de algunas tiendas, y penetrando en la casa de D.^a Concepcion Otero, situada en la plaza principal, junto á la aduana, se apoderaron

de un número considerable de alhajas de gran valor que tenia, la saquearon completamente, y destruyeron cuanto les fué imposible llevar.

Estos hechos, y otros semejantes que se cometieron el dia 23 en las calles de Belen, los Pocitos y barrios del cerro del *Cuarto*, incendiando la droguería de don Pablo García, rompiendo las puertas de la de D. Antonio Castro, la botica de San Vicente, la tienda de la Vaca y otras, hicieron que la poblacion se armase y se uniese á las tropas de la guarnición. Esta actitud imponente, hizo comprender al general Pueblita la dificultad de tomar la plaza, y levantando el campo el mismo dia 23, se retiró con rumbo á Irapuato.

Los excesos cometidos por los soldados de Pueblita dieron motivo á la prensa conservadora para dirigir á este jefe los epítetos mas ofensivos. El periódico liberal francés *Les Deux Mondes*, trató entonces de defenderle de muchos de los cargos que se le hacian á él y á sus tropas; pero á pesar de su laudable empeño, se vió precisado á confesar que los desórdenes se cometieron, como se demuestra por el siguiente párrafo del expresado periódico: «Sobre estos acontecimientos,» (el saqueo) «hace *La Sociedad* reflexiones que no están enteramente conformes con las nuestras: vemos las cosas de mayor altura, y nos parece que las abrazamos mejor en su conjunto; pero lamentamos tanto como ella, ó tal vez mas, los síntomas de disolucion social, en presencia de los cuales no es posible sondear, sin extremecerse, el porvenir de este desventurado país. Un testigo ocular dice que los barreteros de la Luz fueron los que se entregaron al saqueo;

»que las fuerzas de Pueblita á lo que aspiraban era á ocupar las rentas públicas; que para apoderarse de la aduana entraron á una casa, contigua habitacion de la señora Otero; que las riquezas encerradas en esa casa despertaron su codicia, y que como la ocasion hace al ladron, se pusieron naturalmente á saquear. Esa misma persona opina que Pueblita se espantó de las consecuencias que podia acarrearle á Guanajuato el desenfreno de las pasiones del populacho amotinado, y que ese temor fué el que le determinó á retirarse.»

Mucho daño hicieron al nombre de Pueblita los excesos á que se entregaron sus soldados, pues siempre pesa una gran responsabilidad de cualquier acto reprochable, sobre el jefe superior, aun cuando él lamente la conducta de sus subordinados, sino ha tenido energía para reprimir los desmanes, castigando á los principales autores. El buen comportamiento de la tropa, honra al general que la manda. Los desmanes cometidos por una fuerza armada, matan al jefe de ella en el concepto público. Quien aspire, pues, á la conquista del aprecio universal, mantenga á sus soldados dentro de los límites de la disciplina, porque esa disciplina es la garantía del pacífico ciudadano y la salvaguardia de sus derechos.

1858 El general Pueblita, como he dicho, to-
Junio. mó, al retirarse de Guanajuato, el rumbo de Irapuato para seguir la campaña con infatigable actividad. Al mismo tiempo que los jefes liberales se presentaban por medio de movimientos rápidos donde menos esperados eran, sorprendiendo así las cortas y aisladas guarniciones de retirados pueblos, los agentes

que tenian en las ciudades trabajaban con empeño en inclinar el ánimo de los sargentos y soldados de las guarniciones conservadoras, al partido juarista. El gobierno de Zuloaga sabia muy bien que se conspiraba sin descanso, y la policía vigilaba incesantemente; pero era imposible descubrir todos los sitios en que se reunian los conspiradores. Una parte de estos, deseando salvar al castillo de Perote, sitiado estrechamente por las fuerzas del general conservador D. Miguel M. de Echeagaray, trabajó con gran sigilo en seducir con dinero y lisonjeras promesas á los sargentos y soldados de la guarnicion de Jalapa. Sabian los conspiradores que si conseguian una sublevacion en favor de la causa liberal de parte de la guarnicion, el general Echeagaray se veria precisado á marchar con su tropa sobre los pronunciados, levantando el sitio de Perote. En esta persuasion, no perdonaron medio ninguno los conspiradores para ganar la voluntad de los sargentos del 1.º Rifleros y Tres-Villas; y seducidos al fin estos, se pronunciaron con toda la fuerza de ambos cuerpos en la noche del 11 de Junio. El capitán D. Leon Ripley que quiso contener el movimiento de su tropa, fué muerto inmediatamente.

Dueños así del cuartel, y sin obstáculo que se opusiera á su voluntad, los sublevados se derramaron por toda la ciudad en cortas partidas, cometiendo, por desgracia, lamentables excesos, obligando á abrir las tiendas para beber, disparando sus fusiles sobre las puertas de las que permanecian cerradas, causando con esos disparos algunas desgracias, entre ellas la muerte del jóven D. Federico Migoni, dependiente de una de las casas de comercio.

El gobernador y comandante general, al tener noticia de que lo pasaba, se puso á la cabeza del segundo batallon de Rifleros, y marchó, en union del prefecto y de su estado mayor, á atacar á los sublevados; pero como en poder de estos se hallaban todos los pertrechos de guerra y municiones, no pudo hacer otra cosa que permanecer en actitud hostil delante de ellos, impidiendo que se cometieran nuevos desórdenes.

Avisado á las ocho del siguiente dia 12 el general Don Miguel M. de Echeagaray, que se hallaba sitiando el castillo de Perote, de lo que pasaba, dejó el mando de las tropas sitiadoras al general Negrete, y con una fuerza suficiente se dirigió, sin pérdida de tiempo, hácia Jalapa. Los sublevados comprendieron muy bien que Echeagaray marcharia sobre la ciudad muy en breve, y no juzgando prudente esperarle, empezaron á salir de la poblacion, cargados con los objetos que durante el motin extrajeron de algunas casas de comercio que saquearon. Entre estas se hallaron la de los Sres. Fernandez Agnado, la de Don Carlos García Ternel, la de Don José Saenz, la de D. N. Valle, la de la Sra. viuda de Orduña, la de D. N. Rosas, la de D. José María Terán, una sombrerería situada en los bajos de la casa del Sr. Priani, y otros establecimientos de este género situados en la misma calle.

Sin embargo, no todos lograron salir de la ciudad antes de que llegase Echeagaray. Este se presentó cuando aun había en la poblacion algunos sublevados á quienes aprehendió y mandó fusilar inmediatamente, sin darles mas tiempo que el preciso para disponerse á morir religiosamente. En seguida salió en persecucion de los que dejaron la ciudad, y alcanzándoles en la bajada de Cerro Gordo, les batió, les derrotó y les

hizo varios prisioneros que fueron fusilados al volver á Jalapa. El general Echeagaray, al dar parte con fecha 13 de Junio, de aquellas ejecuciones, le decia al gobernador y comandante general las siguientes palabras: «A mi llegada ayer á Jalapa mandé fusilar á los »sediciosos que hasta entonces habian podido aprehen- »derse, lo que hoy he hecho lo mismo con todos los que »cayeron en mi poder, no considerándoles como prisioneros de guerra, sino como sediciosos entre quienes »estaban dos de los principales motores. Al proceder »así, cumpro y descanso tranquilo en mi conciencia militar. La sangre de mi hermano el general Manero »hierve todavía en el altar de la patria, y es necesario »mas sangre para que no se seque la de ese bravo y »malogrado militar.»

1858 Aunque, como vemos, el general Echea-
Junio. garay no consideró á los aprehendidos como prisioneros de guerra, sino como soldados en rebelion contra su gobierno, que la ordenanza castiga con la pena de muerte, y como á perturbadores del órden público que se habian entregado á excesos reprobables, la prensa liberal encontró motivo para censurar los fusilamientos llevados á cabo. El número de los fusilados en el paseo de los Berros, donde se efectuaron las ejecuciones, ascendió á diez y seis, entre ellos un teniente llamado Linares, que sirvió á Comonfort, y un sargento apellidado Gonzalez, ambos jefes principales de la sublevacion.

El general D. Miguel M. Echeagaray, despues de haber dejado la conveniente guarnicion en Jalapa, volvió á reunirse con las tropas que sitiaban la forta-

leza de Perote. Los soldados del batallon 1.º de Rifleros que habian logrado ponerse á salvo de la persecucion de las tropas conservadoras, se dirigieron á Veracruz, y pronto formaron parte de las fuerzas que tenian en continuo amago á las cortas guarniciones.

La lucha, á pesar de algunas notables ventajas que habian alcanzado los generales conservadores, se hacia interminable. Las guerrillas constitucionalistas aparecian por todas partes, obligando al gobierno de Zuñiga á enviar considerables fuerzas contra ellas, mientras Zuazúa se dirigía hácia San Luis Potosí, valiéndose de la ausencia de Miramon que se hallaba en Guadalajara, desde que obligó al general Degollado á levantar el sitio.

El movimiento del general constitucionalista Don Juan Zuazúa fué rápido, y el dia 29 de Junio, se encontraba amenazando la plaza de San Luis Potosí, al frente de cuatro mil hombres suyos, y de mas de mil que se le unieron de otros jefes, formando un total de cerca de seis mil hombres. La ciudad tenia una guarnicion de ochocientos hombres, y mandaba la plaza el general Sanchez. Intimada la rendicion á la ciudad por Zuazúa y desechada por el jefe que la defendia, los liberales se arrojaron al asalto el mismo dia 29, cargando toda su gente por un solo punto. Imposible fué resistir al empuje y á la superioridad numérica, y los conservadores se vieron arrojados de sus puntos. Nueve horas duró la accion, al cabo de las cuales los defensores de la plaza abandonaron esta, salvando únicamente la artillería de montaña, y haciéndose dueños de la ciudad los asaltantes, el siguiente dia 30. Varios oficiales conservadores que defendian puntos aislados,